



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

35 – Ibrahim se rebela

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 35 – Ibrahim se rebela



Volvamos ahora a Shâhîn de Masyât. Tras la partida de Ibrahim, reunió a sus lugartenientes y se fue a El Cairo, en donde se presentó ante el rey, llorando a lágrima viva y lanzando lamentos a diestro y siniestro.

– ¡Dios y el Profeta sean testigos de mi honor! Oh, Servidor de los Santos Lugares ¡Se ha atentado contra mi dignidad, contra la de mi hijo y contra la de mis hombres!

– ¿Qué te ha pasado, Shâhîn de Masyât? –se interesó el sultán, y el otro le expuso su pleito con Ibrahim.

– ¡Qué raro, Shâhîn! –se extrañó el rey dirigiéndose a su gran visir– Esto no tiene pinta de ser obra de Ibrahim.

– Es bastante increíble, oh Comendador de los creyentes – comentó el visir–. ¿Cuánto tiempo habría necesitado para curarse enteramente de sus heridas y llevar a cabo tales hechos?

– Está bien, voy a mandar a buscar a Saad, para que comparezca en un proceso equitativo. Si las acusaciones contra Ibrahim son verdaderas, le trataremos con todo el rigor de la ley del Islam. Vamos, Saad, marchate ahora mismo hacia el Horân e intenta aclarar todo este lío, y, si Ibrahim se ha curado, tráemelo aquí.

Saad, estirando en el acto sus largas piernas, corrió sin parar hasta llegar al Horân. Pero, he aquí que, Fâtmeh la Indomable en ese momento estaba a la puerta de la ciudadela, vigilando los rebaños, cuando vio llegar a su primo que corría a toda velocidad a través de la llanura. Así que se fue rápidamente a advertir a Ibrahim:

– Entreténmelo unos minutos –le pidió a su hermana.

Así que la joven se fue a apostar a la entrada del jardín, justo en el momento en que Saad penetraba en la ciudadela.

– Bienvenido, Saad –le recibió Fâtmeh amablemente.

– ¿Cómo va mi hermano Ibrahim? –se interesó el joven.

– ¿Y cómo quieres que vaya, mi pobre Saad? Sigue igual...

– ¡Vamos, déjame pasar, que quiero reunirme con él!

– Espera un momento, que hay mujeres con él.

Mientras tanto, Ibrahim se había metido rápidamente en el lecho, enfundándose hasta casi ahogarse dentro de todas las mantas. Una vez hubo preparado toda su puesta en escena, envió discretamente a un sirviente para que avisara a Fâtmeħ y dejara entrar al visitante, y en el acto comenzó a gemir y a lanzar unos suspiros que partían el alma.

– ¡Que el buen Dios maldiga a esos hijos de mala madre! –exclamó Saad al verle.

– ¿Qué sucede, mi buen Saad? –murmuró Ibrahim con voz de agonizante.

– Pues no te puedes ni imaginar: resulta que Shâhîn de Masyât ha venido a pedir justicia contra ti, diciendo que tú le habrías raptado a su hija la noche de bodas, a su yerno, Kamel y a su hijo, Dawûd, y que no contento con eso, les habrías afeitado la barba a sus lugartenientes.

– Mi pobre Saad, ¿y tú les has creído?

– ¿Cómo piensas que iba a creerle? ¡Ni que yo estuviera loco! He venido precisamente para tener noticias tuyas.

– ¡Fâtmeħ, sirve a Saad una buena comida! –continuó Ibrahim.

La joven desapareció y regresó al momento, con un gran plato de arroz con carne. A su invitación, Saad comenzó a comer.

– Come un poquito conmigo –le propuso Saad a Ibrahim.

– No, de verdad, que no puedo –se excusó éste.

– Sí, hombre, te aseguro que el arroz es muy ligero. ¡Vamos, toma un poquito, por la gracia de Dios!

– De acuerdo, ayúdame a sentarme; pero que conste que lo hago por hacerte compañía.

Saad le colocó unos cojines, e Ibrahim comenzó a jugar con la cuchara, separando unos cuantos granos de arroz, con aire de desgana; pero, al tercer bocado, su natural glotón le dejó al descubierto. Dejando a un lado la cuchara, se enderezó, se colocó en una posición más cómoda y metió directamente la mano en el plato, rebañando la comida con los cuatro dedos y la palma de la mano.

– Vaya, vaya, pues... para estar enfermo, ¡menudo apetito que te gastas! –es extrañó Saad.

Ibrahim, al verse descubierto, le sacudió un puñetazo en todo el pecho, mandándole a rodar por el suelo; luego, le ató al potro de los bastonazos, y, haciendo caso omiso a sus gritos y súplicas, le propinó una buena tanda de golpes en la planta de los pies.

– ¡O sea que, todo lo que nos habían dicho era verdad! –exclamó el pobre Saad.

– Pues sí, ya ves, y además...

Ibrahim dio unas palmadas, y en el acto aparecieron Kamel y Dawûd; uno con el mono, y el otro con el tamboril, y se pusieron a bailar y a hacer cabriolas, ante los asombrados ojos

de Saad. Cuando Ibrahim se hubo divertido lo suficiente con ese espectáculo, dio permiso a los cautivos para que regresaran a sus celdas.

– ¡Pienso hacer que esos dos revienten aquí! –concluyó Ibrahim– Y tú, ya puedes ir a decírselo al sultán. Y de paso le dices también que Ibrahim se ha rebelado en el Horân.

Más muerto que vivo, Saad huyó pies para qué os quiero y regresó a toda velocidad a El Cairo.

– Y bien, ¿has podido verificar todas esas historias que se cuentan sobre Ibrahim? –le preguntó el rey.

– ¡Pues sí! ¡Se ha curado, come como cuatro y encima me ha propinado una bastonada! Echa una ojeada a mis pies...

En fin, que Saad le contó al rey todo lo que había visto en el Horân.

– ¿Habrá sido capaz Ibrahim de tales actos? –se extrañó el rey– No me lo puedo creer...

– ¡Oh, poderoso rey! Supongo, que, si Ibrahim ha actuado de ese modo, seguro que es porque se le ha empujado a ello –comentó el visir Shâhîn con su acostumbrada perspicacia.

– Y tú, *efendi* –prosiguió el rey, dirigiéndose al muftí del Consejo– ¿Qué dirías tú de un hombre que ha atentado contra el honor de unas familias, ha ultrajado gravemente a unos dignatarios del reino, y que se ha declarado abiertamente en rebelión contra su legítimo soberano?

– Que debe ser condenado a muerte –respondió el muftí de inmediato.

– Está bien; ¡redáctame una *fetua* en ese sentido, y tú, *cadi*, por por escrito el caso!

Provisto de estos dos documentos, el rey ordenó a los emires y a los *fidauis* que reunieran a sus tropas e hicieran todos los preparativos. Tres días más tarde, el rey, a la cabeza de su ejército, dio la señal de partida. Atravesaron estepas y desiertos, y pronto llegaron al Horân. Avisado de su llegada, el viejo capitán Hasan El-Horâni intentó sermonear a su impulsivo retoño.

– Ay, hijo mío, ¡fíjate en qué lío nos has metido! ¿Acaso no sabes que quien se rebela contra su legítimo soberano, se rebela contra Dios?

– No te preocupes –respondió Ibrahim– éste es un asunto entre él y yo.

Ibrahim dio la orden de poner a la ciudadela en estado de sitio; cerró las puertas de la muralla y subió a la parte alta del recinto amurallado. Allí había un viejo cañón... bueno, en realidad solo era un tubo sin cureña ni nada; pero Ibrahim, lo cogió en sus brazos, lo rellenó de pólvora, y, dando una vuelta completa a la muralla, abrió fuego varias veces sobre los asaltantes, obligándoles a batirse en retirada y a establecer su campamento a una respetuosa distancia.

– ¡¿Has visto eso, Shâhîn?! –se indignó el rey– ¡Ahora resulta que Ibrahim abre fuego contra mi ejército!

– Oh, mi rey, ten en cuenta que tú mismo no parece que hayas venido con intenciones muy pacíficas que digamos –objetó el visir–. Cada uno tiene derecho a defenderse...

Mientras tanto, los *fidais* se habían reunido para deliberar en la tienda de Sulaymân el Búfalo.

– Amigos míos –les dijo–; estoy seguro de que mañana Ibrahim va a salir a lanzarnos un desafío; dado que los emires jamás se atreverán a enfrentarse a él; será a nosotros a quién se dirigirá el rey para que le demos respuesta. Y entonces, ¿qué partido tomaremos? ¿Y quién se encargará de responder a su desafío?

– Escucha –contestaron todos– tú eres el más anciano y experimentado de entre nosotros: decide tú la respuesta que se ha de dar, y nosotros te seguiremos.

– ¡Perfecto! –concluyó Sulaymân– Eso es justamente lo que quería oírlos decir.

Tras la reunión, cada cual se retiró a su tienda para pasar la noche. Al día siguiente, por la mañana, de pronto, se abrió la puerta de la ciudadela y se vio aparecer al capitán Ibrahim, que avanzó hasta la mitad del campo.

– ¡Vamos, muchachos, aquí os espero! –lanzó a sus adversarios, que fueron a advertir al rey.

– Veamos, amigos míos –les indicó volviéndose hacia los *fidais*–; aquí tenéis un adversario que os anda buscando.

– Comendador de los creyentes –respondió Sulaymân el Búfalo, adelantándose–, como se suele decir: “sable en su vaina, no corta”. Entre nosotros no hay ni uno solo que dé la talla como para luchar contra Ibrahim... además, él no dejará de apresar a todos los que tú le envíes, y ¿quién sabe, si una vez con él, no deciden cambiar de bando?

– En ese caso, ¿por qué diablos habéis venido conmigo? –se indignó el sultán.

– Para obedecer tus órdenes, *efendem*.

Al echar una ojeada a su alrededor, el rey se persuadió de que más de la mitad de los *fidais* habían sido ganados por la causa del rebelde.

– ¡Está bien! De todos modos, ¡yo no le tengo miedo! ¡Yo me encargaré personalmente de enfrentarme a él en el campo del honor!

– Mi señor, ¡te suplico que me escuches y que no hagas nada! –intervino el gran visir–, o, ¡te juro por tu cabeza, que antes tendrás que cortarme la mía! De sobra conoces lo obstinado que es Ibrahim; nunca aceptará rendirse. Ahora bien, tú eres un rey poderoso, al que no le gusta que le desobedezcan, y posees en tu brazo la fuerza de los cuarenta Justos: así que corres el riesgo de matarle o de herirle gravemente, y después, estar reconcomido por los remordimientos.

Tras un instante de reflexión, el rey tuvo que rendirse a las consideraciones de su visir.

– De acuerdo, Shâhîn –concedió el rey–, tu juramento me ata las manos. No obstante, yo no cederé en lo que se refiere a la Ley del Islam: si Ibrahim rechaza presentarse ante mí para hacer un careo con los demandantes, tendré que arrasarlo con mis cañones¹.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.36 – No habrá guerra en el Horân

¹ Desde aquí, volvemos al texto primitivo.